

# EL BACALAO, EL CANADA Y LA C.E.E.

■ MAREIRO

Desde el 1 de enero las relaciones pesqueras hispano canadienses se han modificado radicalmente, al haberse negociado el cambio entre ambos países. La suerte del nuestro, en este campo, viene en adelante ligada al pacto entre Ottawa y la C.E.E., que casualmente pasa en estos momentos por situación quebradiza.

Se esperaba que después de la última conferencia de La Habana, que fue tema abordado en estas páginas, los tratos entre Canadá y la Europa Azul se habrían reencauzado y clarificado. Nuestros colegas de la dulce Francia, en sus últimas reconsideraciones sobre el tema, dan a entender otra cosa. Incluso anuncian que el "acuerdo de pesca está amenazado".

Un articulista llega a decir que la temperatura actual entre Canadá y la Comunidad "está por debajo de cero". Lo que, a primera vista, parece bastante incomprensible, porque los doce países que ahora integran la Comunidad constituyen en una mano un mercado homogéneo inmejorable para los excesos de recursos ictiológicos, que el Canadá produce y no consume. O sea, que ha de vender forzosamente al mercado internacional.

Pero la cosa no es así de sencilla.

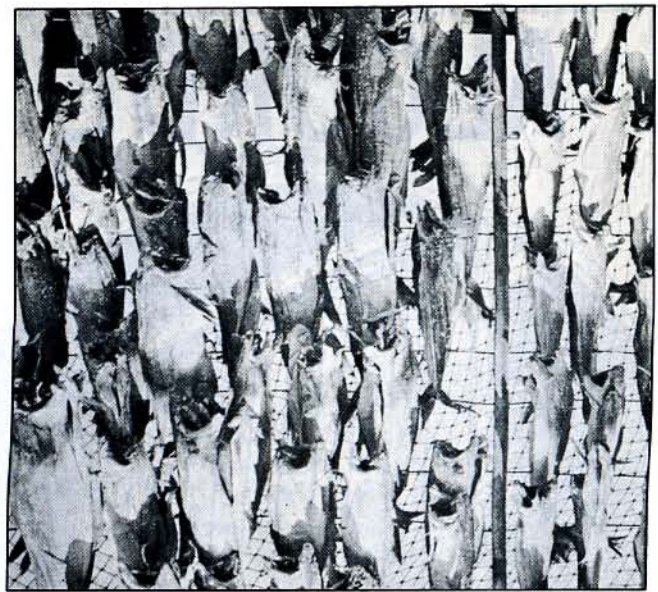
El acuerdo vigente entre Canadá y la CEE data de 1982 y termina en el año que acaba de comenzar. La experiencia ha asumido duración suficiente para que cada parte conozca lo que se juega, a la hora de renegociar con vistas al futuro inmediato. Bajo esta perspectiva es indudable que Canadá se las sabe todas y que la CEE comprende que en adelante debe guardar mejor la

ropa antes de echarse a nadar en aguas tan frías.

Lo fundamental del acuerdo vigente autoriza a la CEE de composición reducida a capturar cada año en la zona canadiense 15.000 toneladas de bacalao más 7.000 de calamar, a cambio de comprarle con derechos reducidos un contingente de bacalao verde. Ha ocurrido que durante el 1er. año, la importación canadiense de bacalao verde se redujo a 200.000 tons. —seguramente esperaban mucho más—, mientras que los navíos comunitarios, especialmente alemanes rebasaron lo que les correspondían con arreglo a aquellos límites pactados. Eso es, al menos, lo que sostienen.

El asunto se ha complicado más porque los alemanes, fuera de las aguas de la zona económica canadiense, han realizado últimamente pescas excepcionales, incluso calificadas de milagrosas. Los canadienses entienden que tal práctica les perjudica indirectamente, por evitar el corrimiento de poblaciones hacia su zona, lo que en verdad es solo una falacia.

De todos modos, suficiente para provocar la cólera de los canadienses, y arrastrarlos a cometer injusticias como la de que han resultado víctimas los bacaladeros españoles "Uralde" y "Urizar", de que tanto hemos hablado en estas páginas. Es seguro que tan injusta represalia la hubieran descargado con más fundamento contra los alemanes, y que no se atrevieron a hacerlo por tratarse de un país fundador de la CEE.



Todo esto conduce a la conclusión de que Canadá se atribuye el dominio exclusivo de los bancos de pesca del Atlántico nord-occidental, saltando por las fronteras de las zonas económicas exclusivas o por cualquier otra regulación hasta ahora aplicable. Posición que lógicamente la CEE no podrá tolerar.

Como se ve, la expectativa es comprometedoras. España, tan injustamente tratada por los canadienses en esta materia, viene necesitada de rehacer su potencia bacaladera, que Canadá mediante el artilugio de la NAFO, ha desmantelado abusivamente. El problema afecta también a Portugal, y es de esperar que el delegado recientemente designado por la defensa de los intereses pesqueros ibéricos, hable en nombre de los dos países y reivindique los derechos de cada uno.

La reconducción del acuerdo entre Bruselas y Ottawa es una de las herencias conflictivas que nos proporciona el nuevo año. España, estamos seguros, se mantendrá alerta, y con su dialéctica a punto, frente al debate que no debe tardar mucho en reanudarse. Sin duda difícil, por la rigidez con que suele conducirse el interlocutor ultramarino. Pero esta circunstancia no habrá de destruir, y debilitar siquiera nuestras razones.

Razones que, ciertamente, hoy son más robustas para la Europa Azul que las puestas en juego en anteriores ocasiones, en que también las armas dialécticas hayan tenido que ponerse a prueba.